



Universidad de Buenos Aires

Colegio Nacional de Buenos Aires

Departamentos de Castellano y Literatura y de Latín

Dossier sobre **LENGUAJE INCLUSIVO**

Índice

- Fundamentación **Pág. 3**
- Sendra, (humor gráfico), en revista *Acción*, N°. 1246, segunda quincena de julio de 2018. **Pág. 4**
- Minoldo, Sol y Juan Cruz Balián, “La lengua degenerada”, en *El gato y la caja*, 4/06/2018: **Pág. 5**
<https://elgatoylacaja.com.ar/la-lengua-degenerada/>
- Giacchetta, Celeste, “Damas y caballeros, presentamos para “todes”: ¡el lenguaje inclusivo!”, en *La Voz*, 11/08/2018: **Pág. 16**
<http://www.lavoz.com.ar/opinion/damas-y-caballeros-presentamos-para-todes-lenguaje-inclusivo1>
- Hacker, Daniela, “Chicxs” y “maestr@s”, ¿el lenguaje inclusivo de los jóvenes en las redes sociales se trasladará a las aulas?”, en *Infobae*, 15/01/2018: **Pág. 17**
<https://www.infobae.com/tendencias/2018/01/15/chicxs-y-maestr-el-lenguaje-inclusivo-de-los-jovenes-en-las-redes-sociales-se-trasladara-a-las-aulas/>
- Del Valle, José, “La política de la incomodidad”, en *Glotopolítica*, 21/08/2018: **Pág. 20**
<https://glotopolitica.com/2018/08/21/la-politica-de-la-incomodidad/>
- Carbajal, Mariana, “Con acento en la e”, en *Página/12*, 18/08/2018: **Pág. 23**
<https://www.pagina12.com.ar/136058-con-acento-en-la-e>
- Muntané, Isabel, “El lenguaje es política”, en *El País*, 15/08/2018: **Pág. 25**
https://elpais.com/elpais/2018/08/07/opinion/1533666589_152469.html
- AA.VV., “Hablar por la diferencia. El debate por el lenguaje inclusivo”, en *Perfil*, 8/07/2018. **Pág. 27**

Otros artículos recomendados

-Jozami, Adelfa, “Lo hétero”, en *Página/12*, 02/08/2018:

<https://www.pagina12.com.ar/132375-lo-hetero>

-Limas, Mauro, “El feminismo (también) revoluciona la lengua”, en *Página/12*, 22/08/2018:

<https://www.pagina12.com.ar/136831-el-feminismo-tambien-revoluciona-la-lengua>

-López, Vanesa, “‘Todes les diputades’: el lenguaje inclusivo avanza entre los jóvenes y genera polémica”, en *Clarín*, 12/6/2018:

https://www.clarin.com/sociedad/todes-diputades-lenguaje-inclusivo-avanza-jovenes-genera-polemica_0_Sy6mQt6em.amp.html

-“No es niño ni niña: los padres que crían hijos de género abierto”, en *Infobae*, 8/04/2018:

<https://www.infobae.com/america/mundo/2018/04/08/no-es-nino-ni-nina-los-padres-que-crian-hijos-de-genero-abierto/>

-Pisani, Silvia, “La Real Academia, dividida por Pérez Reverte y por el lenguaje inclusivo”, en *La Nación*, 14/07/2018:

<https://www.lanacion.com.ar/2152808-la-real-academia-dividida-por-perez-reverte-y-por-el-lenguaje-inclusivo>

-Viéitez, Ezequiel, “Debate urgente: ¿tienen arreglo los machismos del castellano?”, en *Clarín*, 03/12/2017:

https://www.clarin.com/cultura/debate-urgente-arreglo-machismos-castellano_0_Hy3aMI1Zz.amp.html

Fundamentación

El presente dossier sobre Lenguaje inclusivo es un modo de responder y de aportar –desde los contenidos específicos de Castellano y Literatura y de Latín, los cuales, por atender a la reflexión y usos del lenguaje, se vuelven contenidos transversales– a lo indicado en la Resolución (CS) N.º 845/2018 sobre Educación Sexual Integral en Escuelas Preuniversitarias de la UBA, que responde, a su vez, a la Ley N.º 26.150, por la que, en 2006, fue creado el Programa Nacional de Educación Sexual Integral (ESI).

En la Resolución (CS) N.º 845/2018, entre otras cuestiones se lee: “[...] en el nivel medio, la ESI requiere ser trabajada también desde áreas específicas, atendiendo a las inquietudes e intereses propios de la edad, y posibilitando así la participación de las y los adolescentes como agentes de transmisión de una actualizada forma de abordar la sexualidad. La comprensión e interpretación de los problemas de la sociedad relacionados con la sexualidad requieren de actitudes críticas, flexibles y creativas. Las y los adolescentes requieren acceder a información sobre los marcos normativo y jurídico que garantizan sus derechos en general y sus derechos sexuales y reproductivos en particular. También dónde concurrir para proteger estos derechos y para poder obtener los recursos que necesitan a fin de ejercer su sexualidad con responsabilidad. Asimismo, es importante el fortalecimiento de los procesos de construcción de autonomía, que posibilitan el respeto por la diversidad de identidades sin prejuicios derivados de la orientación sexual, la identidad de género, la apariencia física, las diferencias étnicas, culturales, etcétera. Por último, es importante incorporar una mirada crítica hacia los mensajes de los medios de comunicación, los ideales de belleza que imponen, y los modelos de varones y mujeres que transmiten”.

Para iniciar el tema, para abrir el debate, un poco de humor....



En revista *Acción*, N.º 1246, segunda quincena de julio de 2018.

“La lengua degenerada”

Sol Minoldo y Juan Cruz Balián

¿Tiene sentido hablar con lenguaje inclusivo? ¿Afecta nuestra percepción de la realidad?

Van dos peces jóvenes nadando juntos y sucede que se encuentran con un pez más viejo que viene en sentido contrario. El pez viejo los saluda con la cabeza y dice: “Buenos días, chicos, ¿cómo está el agua?”. Los dos peces jóvenes nadan un poco más y entonces uno mira al otro y dice: “¿Qué demonios es el agua?”

David Foster Wallace –*This is Water*

Cuando el escritor David Foster Wallace dio un discurso frente a los egresados de la Kenyon College comenzó contando esta historia de los peces. Su intención era simplemente recordarle al auditorio que todos vivimos en una realidad que, a fuerza de rodearnos, a la larga termina volviéndose invisible. Y que sólo la percibimos cuando se convierte en algo disruptivo, en un estorbo en nuestro camino: el conductor que nos cruza el auto en la esquina, el empleado que exige otro trámite para completar una solicitud, la palabra mal escrita: *sapatilla, uevo, todxs*. Mientras tanto, las cosas de las que más seguros solemos estar terminan demostrando ser aquellas sobre las que más nos equivocamos. Por ejemplo, el castellano:

Todos los que nacimos y fuimos criados en el mundo hispanohablante tenemos, rápido y pronto, certezas sobre cómo funciona el castellano porque es la lengua que aprendimos intensamente durante nuestros primeros años de vida. Y en algún punto no nos equivocamos. Incluso si nos preguntasen qué es el castellano podríamos responder en un parpadeo: “es nuestra lengua materna”. Pero esa respuesta no estaría dando cuenta de la verdadera naturaleza del asunto, porque, en definitiva: ¿Qué demonios es la lengua?

Eso, ¿qué demonios es la lengua?

Tal como el agua de los peces, la lengua es un poco todo. Mejor dicho, en todo está la lengua, dado que, una vez que la adquirimos, nunca más dejamos de usarla para pensar el mundo que nos rodea. Sin embargo, si tenemos que elegir una entre muchas definiciones, diremos que la lengua es un fenómeno social. Ocurre siempre con relación a un ‘otro’, a una comunidad con la que establecemos convenciones respecto a qué significan las palabras y cómo significan esas palabras. En este sentido, vale decir que nos pertenece a todos los que la hablamos. Y, en el caso de la lengua castellana, a la Real Academia Española (RAE).

¡Momento! ¿Por qué a la Real Academia Española? No parece muy lógico que la segunda lengua más hablada del globo (después del chino y antes del inglés) sea tan celosamente protegida por unos pocos señores enfurruñados. Pero menos sentido tiene cuando uno piensa que estos señores a veces se paran como caballeros templarios protegiendo algo que nadie, absolutamente nadie, está atacando.

Ah, ¿cómo? ¿Nuestros jóvenes no son como los peces descuidados y rebeldes? ¿No van por la vida con una promiscuidad lingüística escandalosa, escribiendo *ke, komo, xq* o *todes*? Sí, muchos sí. Los lectores se preguntarán cómo puede ser que permitamos semejante atropello.

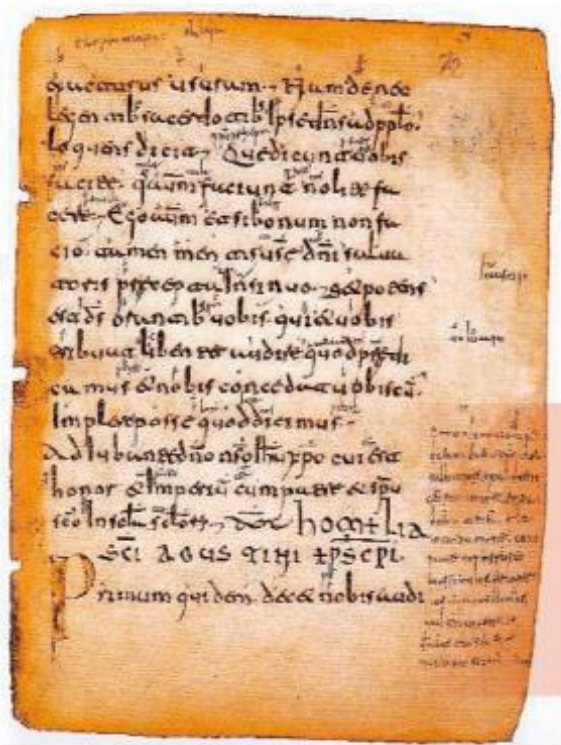
Resulta que la lengua no es una foto, es una película en movimiento. Y la Real Academia Española no dirige la película, sólo la filma. A eso llamamos ‘gramática descriptiva’, que es el trabajo de delimitar un objeto de estudio (en este caso lingüístico) y dar cuenta de cómo ocurre más allá de las normas. Por eso, cuando un uso se aleja de lo que indican los manuales de la escuela, si es llevado a cabo por suficiente cantidad de personas y se hace lugar en determinados espacios, la RAE acaba incorporándolo al

diccionario. Ese es su trabajo descriptivo. Luego informa al público y ahí todos horrorizados ponemos el grito en el cielo porque cómo van a admitir ‘la calor’ si es obvio, requete obvio, que el calor es masculino. Es *EL* calor.

¿Esto significa que podamos hacer lo que se nos antoja con la lengua? No. Hay cambios que el sistema simplemente no tolera. Uno puede comprarse todas las tóperas del mundo y mezclarlas a su placer, pero no puede imaginar un nuevo color. Algunas partes de la lengua funcionan de la misma manera: por ejemplo, no es posible pensar el castellano sin categoría de sujeto (ese que en la escuela había que marcar separado del predicado y cuando no estaba se le ponía ‘tácito’ al costado de la oración). ¿Es culpa de la Real Academia que no nos deja? No, esta vez la pobre no hizo nada, es el sistema mismo del castellano el que no nos deja. Es simplemente imposible.

Pero entonces, si podemos usar la lengua como queramos e igual no se va a romper, ¿por qué hace falta tomarse el trabajo de formular normas y leyes? La gramática que no es descriptiva, la que se encarga de definir qué está bien y qué está mal, se llama gramática normativa y existe por una razón: las normas son necesarias para poder analizar una lengua, sistematizarla y enseñarla mejor a las siguientes generaciones.

Lo importante en este punto es comprender que el castellano no puede ser atacado, o que en todo caso sabe defenderse solo (se dobla y se adapta como el junco, pequeño saltamontes) porque está en permanente movimiento. Cada generación cree que la lengua de sus padres es pura y prístina mientras que la de sus hijos es una versión degenerada de aquella. Pero antes de hablar castellano rioplatense hablábamos otra variante del castellano moderno. Y antes de eso, hablábamos el castellano de Cervantes, y antes de eso las lenguas romances que fermentaron con la disolución del Imperio Romano, y antes de eso latín vulgar y antes del latín vulgar pululaban las lenguas indoeuropeas y antes de eso vaya uno a saber qué. Lo único que podemos saber a ciencia cierta es que la versión más pura, prístina y primigenia de cualquier lengua son unos gruñidos apenas articulados en el fondo de una caverna.



Con o aiutorio de nuestro dueno Christo, dueno salbatore, qual dueno get ena honore et qual duenno tienet ela mandatione con o patre con o spiritu sancto en os sieculos de lo siecu los. Facanos Deus Omnipotes tal servitio fere ke denante ela sua face gaudioso segamus. Amen.

Las Glosas Emilianenses son uno de los registros más antiguos que tenemos del castellano. Se trata de anotaciones al margen en un códice escrito en latín, hechas por monjes del Siglo X u XI, para clarificar algún pasaje. Como se ve al costado, gracias a la glosa ahora el pasaje quedó clarito clarito.

Sirva como ejemplo la siguiente curiosidad: los españoles que llegaron a América durante la Conquista todavía utilizaban el voseo en sus dos vertientes: como forma reverencial y de confianza. Decían “Vuestra Majestad” o decían, por ejemplo, “¿Desto vos mesmo quiero que seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace a vos ser falso y mentiroso?” (porque aguante citar el Quijote). Ese ‘vos’ arraigó en América, en parte a través de la literatura y en parte porque los españoles lo usaban reverencialmente entre ellos como modo de diferenciarse de los nativos. El tiempo pasó y hoy millones de personas lo usamos sin ningún tipo de reverencia ni distinción de clase, sin embargo, el voseo comenzó a desprestigiarse en el siglo XVI en la mismísima España, donde el castellano se decantó por el ‘tú’ sin que a nadie se espantara por eso. Lo cual demuestra que la lengua está en permanente cambio, pero ocurre tan lentamente que nos genera la sensación de permanecer detenida. Indignarse por ello sería como si los pececitos de la historia de Foster Wallace se indignasen porque el agua, que hasta recién ni sabían que existía, los está mojando.

Ahora bien, si llegado este punto los lectores de esta nota han aceptado las nociones básicas sobre el funcionamiento de la mismísima lengua que están leyendo, es momento de confesar que ha sido todo parte de una estratagema introductoria. Es hora de cruzar al otro lado del espejo y hablar de un tema un poco más controversial: el lenguaje inclusivo.

Bienvenidos a la verdadera nota, estimades lectores.

Las formas del agua

Una de las capacidades más poderosas de cualquier lengua es la capacidad de nombrar. Poner nombres, categorizar, implica ordenar y dividir. Y desde que nacemos (incluso antes), las personas somos divididas en varones y mujeres. Nos nombran en femenino o masculino, se refieren a nosotros utilizando todos los adjetivos en un determinado género. Muchísimo antes de que nuestro cuerpo tenga cualquier tipo de posibilidad de asumir un rol reproductivo, aprendemos que es diferente ser varón o mujer, y nos identificamos con los unos o las otras. Los nenes no lloran, las nenas no juegan a lo bestia ensuciándose todas. Para cuando podemos responder ‘qué queremos ser cuando seamos grandes’, nuestras preferencias, auto proyecciones y deseos ya tienen una enorme carga de los esquemas simbólicos que nos rodean.

A esa inmensa construcción social, que se erige sobre la manera en que la sociedad da importancia a ciertos rasgos biológicos (en este caso relacionados con los órganos sexuales y reproductivos), es a lo que refiere el concepto de ‘género’. Lo que los estudios sobre el tema han teorizado y documentado es que la división de géneros no es una división neutral, sin jerarquías: por el contrario, las diferentes características y los diferentes mandatos que se atribuyen a una persona según su género devienen, a su vez, en desigualdades que giran, *spoiler alert*, en torno a una predominancia de los individuos masculinos.

Haber identificado que esas desigualdades tienen su correlato en el modo en el que hablamos es lo que motivó, unas cuantas décadas atrás, que se plantee desde el feminismo y desde algunos ámbitos académicos y oficiales la importancia de revisar el uso del lenguaje sexista. ¿Qué es el lenguaje sexista? Es nombrar ciertos roles y trabajos sólo en masculino; referirse a la persona genérica como ‘el hombre’ o identificar lo ‘masculino’ con la humanidad; usar las formas masculinas para referirse a ellos, pero también para referirse a todes, dejando las formas femeninas sólo para ellas; nombrar a las mujeres (cuando se las nombra) siempre en segundo lugar.

Las indeseables consecuencias de esta desigualdad lingüística se traducen en lo que el sociólogo Pierre Bourdieu define como ‘violencia simbólica’, y esto nos sirve para comprender uno de los mecanismos que perpetúan la relación de dominación masculina.

La violencia simbólica tiene que ver con que nos pensemos a nosotros mismos, al mundo y nuestra relación con él, con categorías de pensamiento que, de algún modo, nos son impuestas, y que coinciden con las categorías desde las que le dominador define y enuncia la realidad. Se produce a través de los caminos simbólicos de la comunicación y del conocimiento, y consigue que la dominación sea naturalizada. Su poder reside precisamente en que es 'invisible'. De nuevo, como el agua, se vuelve parte de la realidad y ni nos damos cuenta que está ahí.

Pero la violencia simbólica de la que habla Bourdieu no constituye, como a veces se malinterpreta, una dimensión opuesta a la violencia física, 'real' y efectiva. Es, en realidad, un componente fundamental para la reproducción de un sistema de dominio donde los dominados no disponen de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparten con los dominadores, tanto para percibir la dominación como para imaginarse a sí mismos. O, mejor dicho, para imaginar la relación que tienen con los dominadores.

Revertir esto requiere algo así como una 'subversión simbólica', que invierta las categorías de percepción y de apreciación de modo tal que los dominados, en lugar de seguir empleando las categorías de los dominadores, propongan nuevas categorías de percepción y de apreciación para nombrar y clasificar la realidad. Es decir, proponer una nueva representación de la realidad en la cual existir.

Existir a través del lenguaje

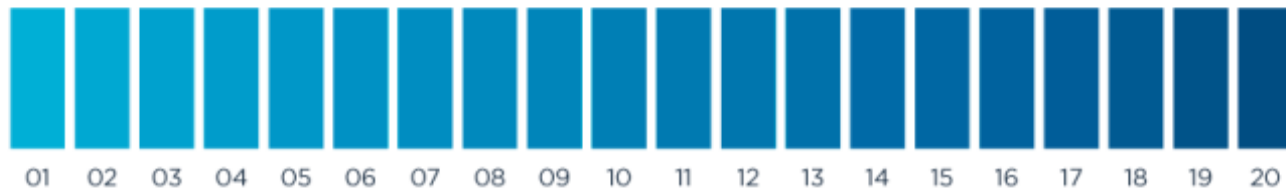
Pero la sociología no está sola en esto: desde el palo de la lingüística, en los años '50 vio la luz una teoría que proponía que la lengua 'determinaba' nuestra manera de entender y construir el mundo o, por lo menor, modelaba nuestros pensamientos y acciones. Era la famosa teoría Sapir-Whorf.

Durante mucho tiempo, la idea de que la lengua que hablamos podía moldear el pensamiento fue considerada en el mejor de los casos improbable y, con más frecuencia, sencillamente incorrecta. Pero lo cierto es que la discusión se mantenía principalmente en el plano de la reflexión abstracta y teórica. Con la llegada de nuestro siglo resurgieron las investigaciones acerca de la relatividad lingüística y, de la mano, comenzamos a disponer de evidencias acerca de los efectos de la lengua en el pensamiento. Diferentes investigaciones recolectaron datos alrededor del mundo y encontraron que las personas que hablan diferentes lenguas también piensan de diferente manera, y que incluso las cuestiones gramaticales pueden afectar profundamente cómo vemos el mundo.

Todo muy lindo ¿Y la evidencia?

Para empezar, Daniel Casasanto y su equipo encontraron evidencia, como resultado de 3 experimentos, de que las metáforas espaciales (las del tipo 'la espera se hizo muy *larga*') en nuestra lengua nativa pueden influenciar profundamente el modo en que representamos mentalmente el tiempo. Y que la lengua puede moldear incluso procesos mentales 'primitivos' como la estimación de duraciones breves.

Y no fueron los únicos, otros equipos, como este, este, este, este y este, encontraron que la lengua con la que hablamos tiene mucho que ver con la forma en que pensamos en el espacio, el tiempo y el movimiento. Por otro lado, un estudio de Jonathan Winawer y su equipo aporta que las diferencias lingüísticas también provocan diferencias al momento de distinguir colores: es más fácil para un hablante distinguir un color (de otro) cuando existe una palabra en su idioma para nombrar ese color que cuando no existe esa palabra. Quien quiera celeste, que lo pronuncie.



Arriba se ven los 20 tonos de azul utilizados en el estudio sobre la capacidad de distinguir colores según la lengua hablada por los participantes. Abajo de la paleta completa vemos un ejemplo de la imagen del ejercicio: los sujetos debían distinguir cuál de los dos cuadrados de abajo era idéntico al de arriba. A partir de Winawer.

Pero ¿no estábamos hablando de género? Sí, sí, a eso vamos:

Se supone que el género de una palabra (masculino/femenino) no siempre diferencia sexo. Lo hace en algunos sustantivos como *señor* y *señora*, *perro* y *perra*, *carpintero* y *carpintera*, que remiten siempre a seres animados y sexuados. Pero, en general, el género en la mayoría de las palabras no es algo que se agrega al significado, es inherente a la palabra misma y sirve para diferenciar otras cosas: diferencia tamaño en *cuchillo* y *cuchilla*, diferencia la planta del fruto en *manzano* y *manzana*, diferencia al individual del plural en *leño* y *leña*. En ese caso, se las considera palabras diferentes y no variaciones de una misma palabra. Otras veces, ni siquiera sirve para diferenciar nada porque muchas palabras tienen su forma en femenino y no existen en masculino, y viceversa. En esos casos, el género sólo sirve para saber cómo usar las otras palabras que rodean y complementan a esa palabra. Por ejemplo ‘teléfono’ existe sólo en masculino. No es posible decir ‘teléfono’, y sin embargo necesitamos ese masculino para saber decir que el teléfono es ‘rojo’ y no ‘roja’.

O sea que el género funciona de muchas formas en castellano y no solamente como un binomio para decidir si las cosas son de nene o de nena. Pero lo que vuelve verdaderamente interesante el asunto, por muy gramátiques que queramos ponernos en el análisis, es que el género del castellano tiene siempre una carga sexuada, aunque remita a simples objetos. ¡No puede ser! ¿Puede ser?

Sí, puede ser

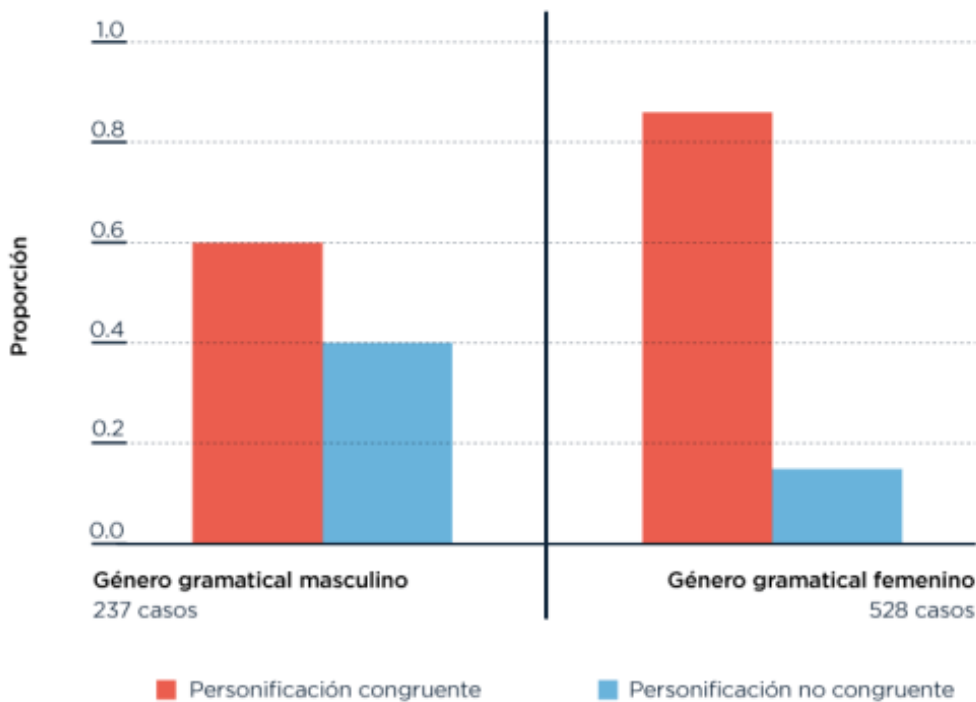
Webb Phillips y Lera Boroditsky se preguntaban si la existencia de género gramatical para los objetos, presente en idiomas como el nuestro pero no en el inglés, tenía algún efecto en la percepción de esos objetos, como si realmente tuviesen un género sexuado. Para resolverlo, diseñaron algunos experimentos con hablantes de castellano y alemán, dos lenguas que atribuyen género gramatical a los objetos, pero no siempre el mismo (o sea que el nombre de algunos objetos que son femeninos en un idioma, son masculinos en el otro). Los resultados de 5 experimentos distintos mostraron que las diferencias gramaticales pueden producir diferencias en el pensamiento.

En uno de esos experimentos buscaron poner a prueba en qué medida el hecho de que el nombre de un objeto tuviese género femenino o masculino llevaba a los hablantes a pensar en el objeto mismo como más ‘femenino’ o ‘masculino’. Para ello les pidieron a los participantes que calificaran la similitud de ciertos objetos y animales con humanos varones y mujeres. Se eligieron siempre objetos y animales que tuvieran géneros opuestos en ambos idiomas y las pruebas fueron realizadas en inglés (un idioma con género neutro para designar objetos y animales) a fin de no sesgar el resultado. Los participantes encontraron más similitudes entre personas y objetos/animales del mismo género que entre personas y objetos/animales de género distinto en su idioma nativo.

En otro estudio de Lera Boroditsky se hizo una lista de 24 sustantivos con género inverso en castellano y alemán, que en cada idioma eran la mitad femeninos y la mitad masculinos. Se les mostraron los sustantivos, escritos en inglés, a hablantes nativos de castellano y alemán, y se les preguntó sobre los primeros tres adjetivos que se les venían a la mente. Las descripciones resultaron estar bastante vinculadas con ideas asociadas al género. Por ejemplo, la palabra llave es masculina en alemán. Los hablantes de ese idioma describieron en promedio las llaves como duras, pesadas, metalizadas, útiles. En cambio, los hablantes de castellano las describieron como doradas, pequeñas, adorables, brillantes y diminutas. A la inversa, la palabra puente es femenina en alemán y los hablantes de ese idioma describieron los puentes como hermosos, elegantes, frágiles, bonitos, tranquilos, esbeltos. Los hablantes de castellano dijeron que eran grandes, peligrosos, fuertes, resistentes, imponentes y largos.

También los resultados de María Sera y su equipo encontraron que el género gramatical de los objetos inanimados afecta las propiedades que los hablantes asocian con esos objetos. Experimentaron con hablantes de castellano y francés, dos lenguas que, aunque usualmente coinciden en el género asignado a los sustantivos, en algunos casos no lo hacen. Por ejemplo, en las palabras tenedor, auto, cama, nube o mariposa. Se les mostró a los participantes imágenes de estos objetos y se les pidió que escogieran la voz apropiada para que cobrara vida en una película, dándoles a elegir voces masculinas y femeninas para cada uno. Los experimentos mostraban que la voz elegida coincidía con el género gramatical de la palabra con la que se designa a ese objeto en el idioma hablado por el participante.

Como si todo esto fuera poco, Edward Segel y Lera Boroditsky también señalan que puede verificarse la influencia del género gramatical en la representación de ideas abstractas analizando ejemplos de personificación en el arte, en la que se da forma humana a entidades abstractas como la Muerte, la Victoria, el Pecado o el Tiempo. Analizando cientos de obras de arte de Italia, Francia, Alemania y España, encontraron que en casi el 80% de esas personificaciones, la elección de una figura masculina o femenina puede predecirse por el género gramatical de la palabra en la lengua nativa de la artista.

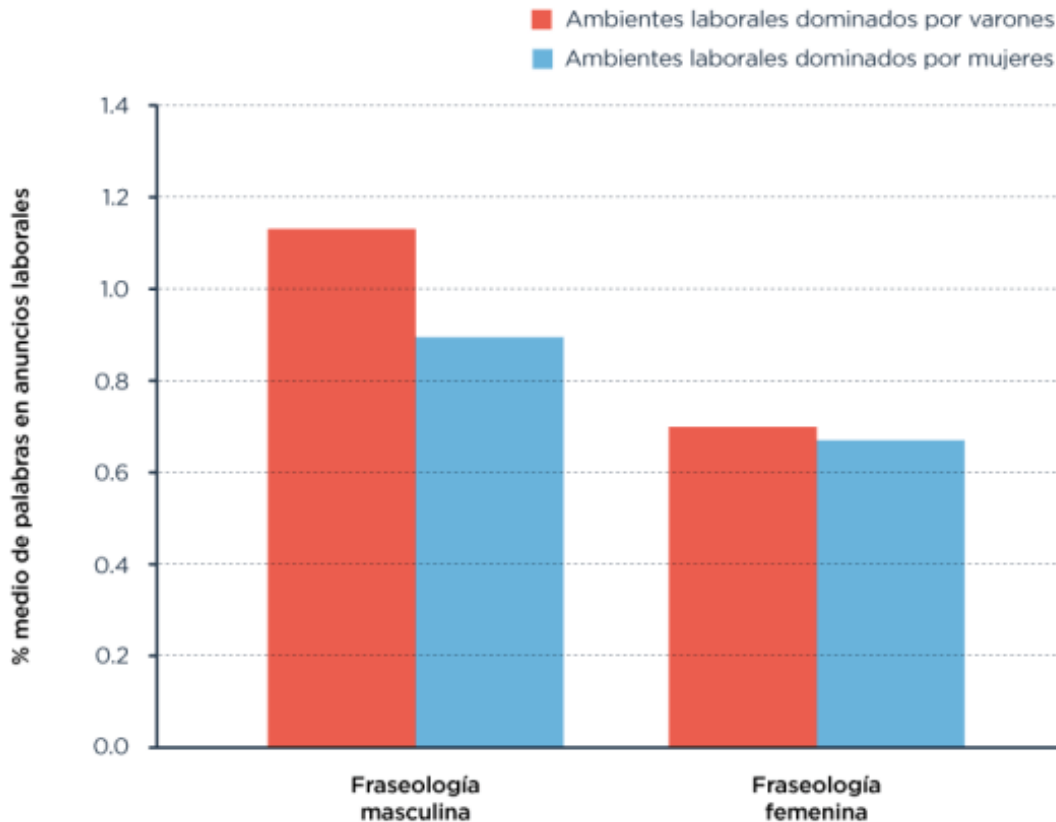


Cuando la idea abstracta personificada tenía género gramatical femenino en la lengua de le artista, fue personificado como mujer en 454 casos de un total de 528. Es decir, se produjo congruencia del género gramatical con el de la personificación en el 85% de las obras. Cuando tenía género gramatical masculino, fue personificado como varón en 143 casos de 237 (60%).

Blancanieves y los siete mineros estereotípicamente masculinos

Hasta acá todo bien: hay una relación entre pensamiento y lengua, hay una vinculación entre género y sexo en la mente de los hablantes y hay evidencia al respecto. Pero puntualmente, ¿puede la lengua tener un efecto sobre la reproducción de estereotipos sexistas y relaciones de género androcéntricas (es decir, centradas en lo masculino)?

Bueno, sí. Por ejemplo, Danielle Gaucher y Justin Friesen se preguntaron si la lengua cumple algún rol en la perpetuación de estereotipos que reproducen la división sexual del trabajo. Para responderse, analizaron el efecto del vocabulario ‘generizado’ empleado en materiales de reclutamiento laboral. Encontraron que los avisos utilizaban una fraseología masculina (incluyendo palabras asociadas con estereotipos masculinos, tales como líder, competitivo y dominante) en mayor medida cuando referían a ocupaciones tradicionalmente dominadas por hombres antes que en áreas dominadas por mujeres. A la vez, el vocabulario asociado al estereotipo de lo ‘femenino’ (como apoyo y comprensión) surgía en medidas similares de la redacción tanto de anuncios para ocupaciones dominadas por mujeres como para las dominadas por varones.



Los anuncios laborales para ocupaciones dominadas por varones contenían más palabras estereotipadamente masculinas que los anuncios para ocupaciones dominadas por mujeres. En cambio, no había diferencia en la presencia de palabras estereotipadamente femeninas en ambos tipos de ocupaciones.

Por otro lado, encontraron que, cuando los anuncios incluían más términos masculinos que femeninos, los participantes tendían a percibir más hombres dentro de esas ocupaciones que si se usaba un vocabulario menos sesgado, independientemente del género de le participante o de si esa ocupación era tradicionalmente dominada por varones o por mujeres. Además, cuando esto ocurría, las mujeres encontraban esos trabajos menos atractivos y se interesaban menos en postularse para ellos.

El equipo de Dies Verveken realizó tres experimentos con 809 estudiantes de escuela primaria (de entre 6 y 12 años) en entornos de habla de alemán y holandés. Indagaban si las percepciones de los niños, sobre trabajos estereotípicamente masculinos, pueden verse influidas por la forma lingüística utilizada para nombrar la ocupación. En algunas aulas presentaban las profesiones en forma de pareja (es decir, con nombre femenino y masculino: ingenieros/ingenieras, biólogos/biólogas, abogados/abogadas, etc.), en otras en forma genérica masculina (ingenieros, biólogos, abogados, etc.). Las ocupaciones presentadas eran en algunos casos estereotipadamente ‘masculinas’ o ‘femeninas’ y en otros casos neutrales. Los resultados sugirieron que las ocupaciones presentadas en forma de pareja (es decir, con título femenino y masculino) incrementaban el acceso mental a la imagen de mujeres trabajadoras en esas profesiones y fortalecían el interés de las niñas en ocupaciones estereotipadamente masculinas.

Estos son sólo algunos de los muchos estudios realizados. Si alguno se quedara con ganas de más, otros estudios (como este, este, este o este) añaden evidencia sobre cómo los niños interpretan como

excluyentes los títulos de oficios o profesiones marcados por género y cómo, en general, el uso de un pronombre masculino para referirse a todes favorece la evocación de imágenes mentales desproporcionadamente masculinas. O incluso, cómo esos genéricos no tan genéricos pueden tener efectos sobre el interés y las preferencias por ciertas profesiones y puestos de trabajo entre las personas del grupo que ‘no es nombrado’, llevando a que puedan autoexcluirse de entornos profesionales importantes.

¿Y entonces qué hacemos?

Es en esta línea que puede comprenderse mejor la relevancia de los esfuerzos del feminismo por introducir usos más inclusivos de la lengua. Muchos se han ensayado, empezando por la barrita para hablar de los/as afectados/as, los/as profesores/as, los/as lectores/as. Pero esta solución tiene algunos problemas. Primero, la lectura se tropieza con esas barritas que saltan a los ojos como alfileres. Por otro lado, supone que la multiplicidad de géneros del ser humano puede reducirse a un sistema binario: o sos varón, o sos mujer.

Otras soluciones fueron incluir la x (todxs) o la arroba (tod@s) en lugar de la vocal que demarca género, pero la arroba era demasiado disruptiva ya que no pertenece al abecedario y además rompe el renglón de una manera distinta al resto de los signos. La x, por otro lado, sigue utilizándose, pero al igual que la arroba, plantea un problema fonético importante ya que nadie sabe muy bien cómo debe pronunciarla. Hay quienes (por ejemplo, la escritora Gabriela Cabezón Cámara) ven en ello una ventaja: lo disruptivo, lo que incomoda, es justamente lo que atrae las miradas sobre el problema de género que ese uso de la lengua busca denunciar, es la huella de una pelea, la marca de una puesta en cuestión.

Hasta ahora, la propuesta que parece tener mejor proyección a futuro para ser incorporada sin pelearse demasiado con el sistema lingüístico es el uso de la *e* como vocal para señalar género neutro. Como el objetivo es dejar de referirnos a todes con palabras que sólo nombran a algunas, no necesitamos usarla para referirnos a absolutamente todo, es decir: no vamos a empezar a sentarnos en silles ni a tomarnos le colective cada mañana. Pero si estamos hablando de personas (u otros seres animades a les que les percibimos una identidad de género), nos habilita una posibilidad para hablar de manera verdaderamente inclusiva. De todos modos, esta tampoco es una solución libre de problemas: implica entre otras cosas la creación de un pronombre neutro (‘elle’) y de un determinante (‘une’). Pero excepciones más raras se han hecho y aquí estamos todavía, comiendo almóndigas entre los murciégalos.

Algunas voces que patalean indignadas contra estas iniciativas señalan que esas propuestas ‘destruyen el lenguaje’. Y no falta la apelación a la autoridad: es incorrecto porque lo dice la Real Academia Española. Pero, como le lector ya sabe, lo que diga la Real Academia Española sobre este tema nos tiene sin cuidado. Con todo respeto. Muy lindo el diccionario.

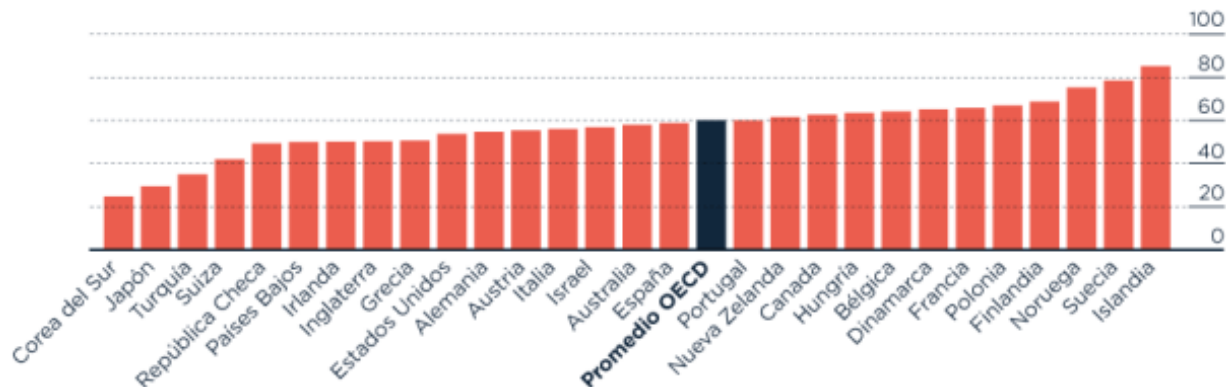
Otra de las fuertísimas resistencias a este tipo de propuestas es la de quienes sencillamente niegan que exista algún tipo de relación entre la lengua y los mayores o menores niveles de equidad de género. Aunque recién comentamos evidencias empíricas que sugieren que esa relación sí existe, se suele hacer referencia a la cuestión, también empírica, de que en aquellas regiones en las que se hablan lenguas menos sexuadas, por ejemplo, con un genérico verdaderamente neutral, a menudo se verifica mayor inequidad de género que en otros países.

Un aporte interesante en esa línea es el trabajo de Mo’ammer Al-Muhayir, que compara el árabe clásico, islandés y japonés, y muestra que el sexismo de la lengua no parece correlacionar con la inequidad de género. El árabe clásico utiliza el género femenino para los sustantivos en plural, sin importar el género de ese mismo sustantivo en singular. Y sin embargo, se trata de una de las lenguas más conservadoras del planeta, y en más de una de las sociedades en las que se habla (como Arabia Saudí o Marruecos), difícilmente podamos decir que hay igualdad de derechos entre hombres y mujeres. El islandés, por otra parte, es uno de los idiomas que menos cambios han sufrido a lo largo de los siglos, manteniéndose casi intacto debido a políticas de lenguaje sumamente conservadoras (no adquieren términos extranjeros sin antes traducirlos de alguna manera con raíces de palabras islandesas), y corresponde a una de las sociedades más

avanzadas en cuanto al lugar que ocupa la mujer. Y el japonés directamente no tiene género gramatical, pero esta maravilla de la gramática inclusiva tiene lugar en el seno de una de las sociedades más estereotípicamente machistas que conocemos.

Índice de techo de cristal

100 = mejor entorno para mujeres trabajadoras



A partir de imagen de *The economist*, the glass ceiling index (o sea, el índice de techo de cristal, que mide equidad de género en el mercado de trabajo).

Sin embargo, la investigación empírica aporta indicios de que los sustantivos ‘neutrales’ y los pronombres de lenguas sin división gramatical genérica pueden tener de todas formas un sesgo masculino encubierto. Así, aunque eviten el problema de una terminología masculina genérica, incluso los términos neutrales pueden transmitir un sesgo masculino. Esto supone, además, la desventaja de que ese sesgo no podría ser contrarrestado añadiendo deliberadamente pronombres femeninos o terminaciones femeninas, porque en esas lenguas esa forma simplemente no existe. Se dificultan entonces las iniciativas de ‘subversión simbólica’ de las que habla Bourdieu. Eso concluye, por ejemplo, el trabajo de Mila Engelberg a partir del análisis del finlandés, una lengua que incluye términos aparentemente neutros en cuanto al género pero que, en los hechos, connotan un sesgo masculino. Y al no poseer género gramatical, no existe la posibilidad de emplear pronombres o sustantivos femeninos para enfatizar la presencia de mujeres. La autora señala que esto podría implicar que el androcentrismo en lenguas sin género puede incluso aumentar la invisibilidad léxica, semántica y conceptual de las mujeres. Algo muy similar encuentra Friederike Braun en su estudio con la lengua turca, cuya falta de género gramatical no evita que los hablantes de turco comuniquen mensajes con sesgos de género.

Un hit argentino

Por muchas guías que se hayan publicado para el uso no sexista del lenguaje, al menos cuando se trata de la lengua castellana, la cuestión no está en absoluto resuelta. Desde lingüistas hasta ciudadanos de a pie, las resistencias son diversas. Que si duele en los ojos, si entorpece el habla, si es ‘correcto’, si conduce a abandonar la lectura del texto y el infaltable ‘es irrelevante’. Que la verdadera lucha debería centrarse en transformar ‘el mundo real’. Que la lengua sólo refleja relaciones que son ‘extralingüísticas’. Que modificar la lengua ‘por la fuerza’ sólo es una cuestión de ‘corrección política’ que desvía la atención del problema central y hasta lo enmascara. Pero los lectores que hayan llegado a este punto habrán atravesado media nota escrita de forma tradicional y media nota escrita con lenguaje inclusivo, de modo que además de toda la

evidencia expuesta sobre la relación entre lengua y pensamiento, podrán evaluar también cuán traumática ha sido (o no) la experiencia, y preguntarse dónde ancla verdaderamente el origen de esa resistencia, de esa desesperación por preservar intacta la lengua.

Mientras tanto, la disputa por el lenguaje continúa. Y de todas las formas que puede tomar este problema, acaso la más emblemática sea el uso de falsos genéricos, es decir, términos exclusivamente masculinos o femeninos, utilizados genéricamente para representar tanto a hombres como a mujeres, como cuando decimos ‘los científicos’: técnicamente podríamos estar refiriéndonos a científiques (varones, mujeres, etc.), aunque también diríamos ‘los científicos’ si quisiéramos referirnos sólo a los que son varones. En cambio, sólo usaríamos ‘las científicas’ para hablar de las que son mujeres.

Marlis Hellinger y Hadumod Bußmann explican que la mayoría de los falsos genéricos son masculinos y que los únicos idiomas conocidos en los que el genérico es femenino están en algunas lenguas iroquesas (Seneca y Oneida), así como algunas lenguas aborígenes australianas. En castellano, incluso los *sustantivos comunes en cuanto al género*, como ‘artista’ o ‘turista’, que se mantienen invariables sin importar si se refieren a un varón o una mujer, acaban señalando el género de lo que nombran a partir de las otras palabras que los complementan (adjetivos, artículos, etc.). Entonces, de nuevo, para referirnos a grupos mixtos, recurrimos al género que los nombra sólo a ellos. Tal vez los únicos genéricos genuinos que tenemos sean los llamados *sustantivos epicenos* como, por ejemplo, ‘persona’ o ‘individuo’, que no sólo van a mantenerse invariables (no hay ni persono ni individua) sino que ni siquiera tienen la posibilidad de marcar el género en el adjetivo (porque aunque una persona sea varón, nunca será ‘persona cuidadoso’, ni la mujer será ‘individuo cuidadora’).

Pero un poco como lo que comentábamos arriba, un genérico con sesgo machista puede suponer un problema incluso más difícil de visibilizar y ‘subvertir’. Un *hit* argentino en este sentido es el debate por la palabra presidente:

Una nota de Patricia Kolesnikov recupera un breve diálogo en una mesa, en la cual un señor explicaba por qué está mal decir *presidenta*. Las razones gramaticales del señor eran inapelables: “Presidente es como cantante. Aunque parece un sustantivo es otro tipo de palabra, un participio presente, o lo que quedó de los participios presentes del latín. Una palabra que señala a quien hace la acción: quien preside, quien canta. Justamente, no tiene género. ¿Vas a decir la cantanta?” Kolesnikov cuenta que hubo un momento de duda en la mesa, hasta que la escritora Claudia Piñeiro, con sabiduría de pez que conoce el agua, respondió: “¿Y sirvienta tampoco decís? ¿O presidenta no pero sirvienta sí?”.

Anécdotas como esta nos recuerdan que la lengua es maleable y que apoyar o rechazar un uso disruptivo, que tiene por objeto reclamar derechos larga e injustamente negados, es una decisión política, no lingüística. Que si se busca un mundo más igualitario, la lengua no es una clave mágica para conseguirlo, pero tampoco se lo puede negar como espacio de disputa. Y que mientras las estadísticas de femicidios crecen y el sueldo promedio de las trabajadoras permanece por debajo del de ellos, conviene no indignarse si alguien mancilla un poquitito las blancas paredes del lenguaje.

“Damas y caballeros, presentamos para “todes”: ¡el lenguaje inclusivo!”

Celeste Giacchetta

Tomarse el tiempo para repensar una frase que no expulse a ninguna identidad es tomarse el tiempo para construir una sociedad menos violenta.

El lenguaje inclusivo viene tomando envión mediático en este último tiempo y genera otro frente de colisión entre diversas posturas, con muchos desencuentros y rivalidades, tanto en Argentina como en el resto del mundo.

Como seres humanos, nos arrojamos al conocimiento a través de la comunicación; inventamos sistemas de sonidos que se llamaron palabras para conectarnos (y para desconectarnos).

La construcción de nuestro mundo son las palabras, y en esta construcción aquello que no fue nombrado no existe.

¿Necesidad o capricho?

La aparición y la necesidad de darles entidad lingüística e incluir a los géneros que estaban en el mejor de los casos “tácitos” en el lenguaje y en la construcción general de la vida responde al avance y a la experimentación de los movimientos feministas y antipatriarcales que vienen sosteniendo la deconstrucción de todos los mandatos y de todas las organizaciones expulsivas en las instituciones humanas, lo que, por cierto, incluye al lenguaje.

Si pensamos y evaluamos cómo a lo largo de la historia hemos moldeado el habla y las formas de referencia, cómo hemos creado palabras y cómo hemos elegido también a quién no nombrar, vemos que la ausencia en el lenguaje es más que una mera coincidencia con la ausencia en el resto de los órdenes de la vida.

Siempre hago mención a mi identidad de género, a mi realidad de mujer trans, para ejemplificar cómo se expulsa desde lo que se da por cierto y hegemónico.

Digo esto porque no fue hasta que avanzó la Ley de Identidad de Género que aprendí que existía. Mi identidad era una incógnita hasta para mí misma, porque el “de esto no se habla” no es sólo pudor: es una necesidad de invisibilizar y de borrar todo aquello que no nos interesa.

Me imagino lo inmensamente reparador que es para una identidad diversa como la mía, o incluso para otras múltiples realidades –como las de las personas intersexuales–, ingresar a un lugar donde los reciben con un “bienvenides!”, autorizándolos a expresar su género sin condicionantes y estándares que no fueron pensados para todes¹. Y lo liberador que es no tener que dar explicaciones sobre la propia presencia, porque en definitiva todes¹ buscamos lo mismo: existir.

Entre los argumentos en contra, escucho la cita de la Real Academia de la Lengua Española como autoridad, como una especie de ente regulador. Pero ese argumento carece de sustento porque el lenguaje siempre vino a responder a una necesidad de la humanidad.

Existe una nueva época, un cambio visible y concreto. Se trata, incluso, de una necesidad que sobrepasa lo reivindicatorio de la propuesta, ya que la modificación y la adaptación son propiedades del lenguaje en sí mismo.

Es un ejercicio positivo empezar a incorporar el lenguaje inclusivo, es decir, remplazar el artículo masculino/femenino por “e, x, @” para todes¹ aquellos¹ que busquen la deconstrucción de los patrones heredados y que repetimos de forma automática.

Tomarme el tiempo para repensar una frase que no expulse a ninguna identidad es tomarme el tiempo para construir una sociedad menos violenta y empatizar con el resto de las realidades que se extienden más allá de los confines de mi ego.

“Chicxs” y “maestr@s”

¿El lenguaje inclusivo de los jóvenes en las redes sociales se trasladará a las aulas?

Daniela Hacker

El uso inclusivo o no sexista de los millennials y centennials a la hora de escribir y hablar es una tendencia que cobra fuerza entre ellos mismos. A, partir de allí, se instala el debate sobre si la escuela deberá o no incorporar las modalidades neutras para la enseñanza desde temprano. La opinión de los especialistas a Infobae.

Hoy nadie se sorprende cuando lee en las redes sociales que se intercambia una vocal por la letra "x" o el "@" para evitar usar el género masculino para referirse a ambos sexos. Políticos de todos los partidos, funcionarios y famosos, escriben "todxs", "compañer@s", "lxs jubiladxs". Pero esto no se limita a lo escrito.

Hace pocas semanas, el diputado Marcos Cleri del Frente para la Victoria, saludó en el recinto diciendo: "Buenas tardes a *todes*". La misma línea viene impulsando el vice presidente del Banco Central, Lucas Llach, promoviendo el uso de la letra "e" o el "tercer género" para cuando se habla de ambos sexos con la ventaja de que, a diferencia de la "x" o el "@", se puede pronunciar.

El uso lenguaje inclusivo o no sexista es una tendencia que se está dando y debatiendo -con mucha polémica- en varios países del mundo, y es más amplio que el cambio de una vocal. El lenguaje inclusivo alienta el reemplazo de determinadas palabras por otras neutras que no impliquen usar el género masculino cuando se está hablando de todos los géneros.

¿Pero qué está pasando en los colegios? O, ¿qué va a pasar cuando los chicos lleven este tipo de escritura a la escuela? ¿Los docentes cómo van a incorporar esta perspectiva? ¿La van a aceptar o lo van a tomar como una falta de ortografía?

El lenguaje inclusivo en la escuela

¿Cómo incorporarán los docentes este fenómeno en las aulas?

Karina Galperin, profesora de Literatura de la Universidad Torcuato Di Tella afirmó en diálogo con *Infobae*: "Me parece razonable que la escuela empiece a incorporar este tipo de escritura junto con una explicación accesible del fenómeno. Hoy muchos creemos que la lengua no expresa la realidad de la relación entre hombres y mujeres, ni el lugar de la mujer en nuestra sociedad que ha cambiado tanto. Las lenguas expresan el modo en que las sociedades ven el mundo y, a veces, el mundo cambia más rápido que la lengua. Creo que a los chicos no se los puede mantener al margen de usos ya masivos con los que se encuentran a diario cuando salen de la escuela".

Galperin explicó que, además de un tema de valores, hay muchas veces un tema práctico que se presenta cuando se generaliza con el masculino. "Hay problemas cotidianos, como en los chats de padres cuando alguien invita a 'los chicos' a un cumpleaños las mamás de las nenas suelen preguntar si sus hijas están invitadas también o es sólo de varones", ejemplificó. "Antes de las redes sociales y los chats, el tema se hacía menos evidente o nos importaba menos. El problema práctico y de valores existe y es por eso se usa el '@' y la 'x'. Pero es una solución por escrito, que no se puede pronunciar, cuando el malestar es en la lengua en general, no sólo en la escritura".

Y agregó que "no se encontró una solución satisfactoria, que quizás será un tercer género, neutro. Éste sería un cambio enorme y difícil. Y, aunque utilizar la 'e' es una linda propuesta, implica un cambio morfológico muy grande".

Galperin considera positivo que la escuela acepte estos cambios: "Los chicos son muy plásticos, están más adelante que nosotros. Y me parece algo muy fácil de entender e incorporar. Me parece muy bien que lo usen mientras entiendan por qué lo están usando".

Laura Rosingana, directora del Colegio Aletheia explicó a este medio que "hacer lugar en la escuela al uso de la grafía 'x' u otras formas que buscan un lenguaje más inclusivo o no sexista es reconocer y atender a lo complejo del hecho educativo y asumir el compromiso de educar para una sociedad más equitativa, inclusiva y democrática. Este modo de expresión y de escritura llega a la escuela de mano de 'lxs niñxs', sus familias y 'lxs docentes' indistintamente, ya que todos ellos forman parte de contextos donde estas nuevas formas de expresión y escritura se producen, circulan y los atraviesan".

¿Cómo podríamos desde la escuela permanecer ajenos a los debates y controversias que generan y de las que todos formamos parte?, se pregunta Rosingana. "Creo que, muy por el contrario, es deber de la escuela ofrecer la posibilidad a toda la comunidad de problematizar las diferentes formas de escritura que aparecen, acercar elementos que les permitan comprender sus significados, analizarlos e ir construyendo una posición propia ante los mismos".

Rosingana aseguró que se pueden utilizar estas formas de escrituras en los cuadernos y producciones cuando las consideran oportunas, atendiendo a mantener la legibilidad y comprensión del mensaje. "Los docentes también las usan en los contextos que consideran pertinentes. Incorporar un enfoque de género al lenguaje tiene muchos otros matices que también utilizamos y cobra sentido en el marco de un proyecto educativo en el que esta mirada interpela también otras áreas, proyectos y prácticas cotidianas". Y argumentó que la normativa que legitima el abordaje en la escuela de esta temática es la Ley Nacional de Educación Sexual Integral (Ley 26150) que establece que todos los educandos tienen derecho a recibir Educación Sexual Integral en todas las escuelas públicas y privadas del país y elabora un Programa Nacional que incluye entre sus ejes de trabajo el enfoque de género y el respeto por la diversidad.

En la misma línea, Gustavo Zorzoli, rector del Colegio Nacional Buenos Aires, resaltó que "el uso de las 'x' y también de la 'e' -como formas en que la escritura nos permite a todos sentirnos incluidos- se está propagando paulatinamente en las interacciones del colegio. Ya han dejado de utilizarse la '@' o el las/los que trasmitían una perspectiva binaria masculino/femenino, para ser reemplazadas por escrituras más globalizantes. Esas apariciones hoy todavía no se expresan en el lenguaje académico colegial (salvo en algunas excepciones cuando son temas vinculados a las cuestiones de género) pero sí en las comunicaciones gremiales (ya sean las estudiantiles como las del personal docente y no docente) y sobre todo en las redes sociales".

"Más allá de las discusiones sobre que estas formas deberían o no estar aprobadas por la Real Academia Española o si perdurarán en el tiempo, lo cierto es que es muy probable que se vayan incorporando cada vez que nosotros como parlantes de una lengua viva las vayamos utilizando. De todos modos, creo que lo más importante es que esta discusión nos permite reflexionar sobre algo fundamental, que es una perspectiva de género y que desde hace rato la Ley de Educación Sexual Integral plantea dentro de la escuela", agregó Zorzoli.

El licenciado en Educación Gustavo Iaies aportó en diálogo con *Infobae* otra visión: "El tema del género y la escritura no aparece en las prioridades de la escuela, como en los medios. La demanda por leer y escribir correctamente, de pensar la construcción de un texto, de entender para qué y en qué situación se comunica, requiere un trabajo más centrado en las aulas y el debate es si la escuela debe priorizar sus propias urgencias o la demanda de los medios, si lo que piden ellos debe ser lo urgente. Yo creo que la escuela sigue un poco perdida y sus prioridades no las darán las demandas de ciertos sectores de la sociedad sino la pública. La escuela necesita empezar por lo primero, lo básico, lo que es clave para vivir en esta sociedad, aprendido eso hablaremos del resto, no al revés".

La perspectiva de género plantea una transformación de la manera de encarar ciertas temáticas

Flavio Buccino, consultor en Educación y asesor de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires cree que "la utilización de la 'x' o la '@' es una lamentable banalización del imprescindible debate sobre cuestiones de género. Pero más allá de esto, que es personal, que la escuela lo promueva como una forma de expresión válida es un sinsentido. La escuela 'enseña' convenciones, normas, reglas. Aunque la lengua es algo vivo y está sujeta potencialmente a cambios por el uso de los hablantes, hoy no es aceptado por la convención, es decir, por las instituciones que regulan nuestro idioma y favorecen la unidad idiomática. Si esto sucede, la escuela estará renunciando a parte de su mandato fundacional. Por último y para estar un poco más tranquilos, la escuela hoy realiza diariamente cientos de acciones de mayor profundidad y relevancia como aporte al cambio cultural que promueve la igualdad y la equidad de género que la de cambiar la 'o' por una 'x' o un '@'.

La polémica en otros países

A diferencia del español o el francés, en el idioma inglés no se presenta esta problemática. Por eso la polémica se dio en países como Francia, España y Chile.

En el 2016, el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile publicó una Guía del lenguaje inclusivo de género con recomendaciones para la eliminación de estereotipos de género, sesgos sexistas y diversas formas de discriminación.

Algunas de las recomendaciones son por ejemplo: en lugar de "la cultura nos pertenece a todos", lo correcto sería decir "la cultura le pertenece a toda la ciudadanía". También recomienda usar "las personas" en lugar de "las mujeres y los hombres", o "las personas trabajadoras", en lugar de "los trabajadores y trabajadoras". Sin embargo, esta guía desalienta el uso del "@" por ser impronunciable y romper con las reglas gramaticales del idioma.

En España también hay movimientos sobre la utilización del lenguaje no sexista en universidades, sindicatos e instituciones. Sin embargo, la Real Academia de la Lengua Española (RAE) publica en su web: "La actual tendencia al desdoblamiento indiscriminado del sustantivo en su forma masculina y femenina va contra el principio de economía del lenguaje y se funda en razones extralingüísticas. Por tanto, deben evitarse estas repeticiones, que generan dificultades sintácticas y de concordancia, y complican innecesariamente la redacción y lectura de los textos".

También en Francia se desató la polémica ante la aparición de un manual escolar con lenguaje inclusivo. El Gobierno prohibió el lenguaje inclusivo en los textos oficiales de dependencias del Estado siguiendo la misma línea de la Academia francesa de letras considerando que estos cambios ponían en peligro a la lengua francesa.

El lenguaje y los cambios en la sociedad

¿Puede un cambio en el lenguaje transformar una sociedad?

¿Puede un cambio en el lenguaje modificar la sociedad? ¿Puede un cambio en la lengua hacer una sociedad más justa, menos machista, más inclusiva?

Galperin cree que "el lenguaje no modifica lo social, sino que va atrás de lo social (que ya cambió). Nuestra sociedad hizo muchos cambios. Antes 'jueza' era la esposa del juez, y 'embajadora', la esposa del embajador. Creo que eso sí sería difícil de entender para los chicos hoy. La lengua usa el género masculino como dominante porque eso era lo que pasaba en la sociedad. Y aunque sigue pasando, eso ha cambiado y sigue cambiando mucho. Me imagino a nuestros hijos hoy leyendo el preámbulo de nuestra Constitución Nacional con cierta sorpresa: 'Todos los hombres del mundo que quieran habitar en suelo argentino'. Nuestra sociedad está cambiando y la lengua- que está viva- la acompaña".

“La política de la incomodidad”

José del Valle

El lenguaje inclusivo y “el sistema”

La defensa pública del lenguaje inclusivo es una de entre las muchas estrategias del movimiento feminista en la lucha contra formas de organización social que privilegian al hombre. El feminismo es un movimiento internamente poliédrico que además progresa en relación dinámica —cómplice y conflictiva— con otras causas en las que grupos sociales marginados —por la supremacía blanca, la heteronormatividad o el clasismo, por ejemplo— pretenden convertirse en actores políticos. Todas estas luchas, a su vez, se inscriben en procesos históricos asociados al reparto de recursos y la organización del trabajo. Dada su relevancia en múltiples dimensiones del cambio social, es imperativo no limitar la discusión sobre el lenguaje inclusivo a consideraciones superficiales: ¿respetan o no las innovaciones la matriz gramatical del idioma? ¿Triunfará o no tal o cual forma? Es necesario mantener vivo el fuego de una reflexión glotopolítica para evitar la frivolidad de fenómenos lingüísticos que son de hecho elementos integrales de los procesos de emancipación.

La sociolingüística —una de las disciplinas dedicadas al estudio sistemático de la comunicación humana— afirma que el lenguaje es una práctica social. Las relaciones sociales se conciben como un tejido en constante transformación armado con distintos modelos y gradaciones de conflicto y cooperación, y se presume que los seres humanos actuamos siempre en relación con otros buscando crear armonías y disonancias, sincronizaciones y contrapuntos que nos posicionen ante el resto. Es cierto que al hacer sociolingüística se está estudiando, en último término, cómo y por qué ciertos movimientos del cuerpo se convierten en lenguaje: pensemos en la coordinada acción del diafragma, las cuerdas vocales, la lengua y los labios para producir la oralidad; o la coreografía gestual que constituye las lenguas de señas; o la danza de los dedos, que resulta en la escritura, en contacto con el lápiz y el papel, con el teclado o, más frecuentemente, con la pantalla de cristal de la tableta. Pero la sociolingüística pone de manifiesto el hecho de que estos movimientos del cuerpo —generadores de sustancia fónica, gestual o gráfica— adquieren forma gramatical —es decir, se convierten en lenguaje— solo ante la respuesta de otros cuerpos, es decir, en virtud de su condición social, como elemento constitutivo de los procesos que articulan las relaciones humanas.

Así concebida, la gramática no es producto de una razón autónoma; ninguna forma gramatical es como es porque la gramática misma así lo exija; ningún registro de regularidades verbales puede justificar su autoridad o validez en base a reglas que se pretendan ajenas a la praxis social, a las condiciones materiales concretas en las que se habla, reproduciendo o transgrediendo los patrones heredados. Es la vida social la que ha construido las regularidades del lenguaje, la que las ha elevado a la condición de norma cuando, por medio de distintos mecanismos —libros de gramática, diccionarios, manuales de uso, cánones literarios—, ha generado modelos lingüísticos impregnados de moralidad, asociados a identidades sociales deseables o indeseables (“quien habla así es una persona culta”, “quien habla así es ignorante, quien pronuncia así es marica, etcétera”).

Ahora bien, no somos prisioneros de la costumbre. En la medida en que la norma se constituye socialmente —recordemos, entre dinámicas tanto conflictivas como cooperativas—, es permanentemente susceptible de ser incumplida, reinterpretada y alterada. Y es en esta pugna entre normas —potencial pero fundamental— donde reside la condición política del lenguaje. Hablar, señalar o escribir es necesariamente posicionarse en —y en relación con— un universo social, barajar identidades, cumplir o incumplir patrones de acción social en virtud de los cuales se legitima o deslegitima nuestra pertenencia a un grupo. Por ello, desde una perspectiva glotopolítica, el incumplimiento o alteración de la norma no se explica como

ignorancia gramatical sino como visibilización de una posición social y como potencial construcción y manifestación de sujetos políticos. Esos momentos de transgresión lingüística, en definitiva, son los que destapan la condición política —socialmente situada y ligada a intereses concretos— de la norma transgredida y desenmascaran a la ideología política que, tras el velo de naturalidad con que cubre la norma que custodia, se beneficia de su reproducción acrítica.

Pongamos por caso la regla que, en español, construye compuestos del tipo portavoz, recogepelotas o chupatintas. Parecieran ser producto de un proceso que une un verbo (portar, recoger, chupar) con un sustantivo (voz, pelotas, tintas). Y parecieran también no tener un género gramatical cerrado pudiendo así adquirir el género que le asigne el modificador que los preceda: el o la portavoz, el o la recogepelotas, el o la chupatintas. Ahora bien, es imprescindible entender que esta regla surge históricamente y se reproduce en un complejo escenario de interacciones verbales y de producción de modelos de uso apropiado del lenguaje. La regla es también una norma, y no es producto de una racionalidad gramatical que exista afuera de ese complejo escenario social, sino de una normatividad gramatical creada precisamente en ese escenario.

Decir la portavoz y el portavoz es, en efecto, alterar un hábito lingüístico, es incumplir una regla o norma gramatical. Pero, atención, el argumento que pretende “proteger” la gramática violentada afirmando su autonomía con respecto a la voluntad humana —esgrimido una y otra vez por la RAE— es falso. En base a él, quienes custodian la norma y las reglas que la legitiman dirán: “No soy yo quien proscribire ese neologismo; es el sistema gramatical”. Y sin embargo, no hay nada en la “naturaleza” de portavoz que impida la innovación portavoz; “el sistema gramatical” no tiene capacidad de decisión. Que una persona desligue portavoz del patrón morfológico que caracteriza a recogepelotas y chupatintas y la decline en función del género del referente no viola ningún sistema que haya surgido de modo natural, sino que rompe un hábito lingüístico, desafía una norma y —y esto es crucial— perturba el orden social ligado a la norma incomodada. Lo que conspira en contra de tal innovación no es “la gramática” sino dos hechos que son fundamentalmente políticos: primero, el hábito —inscrito en el cuerpo de escuchar y decir la portavoz y, segundo, el deseo político de desacreditar la acción social de la que es parte el neologismo portavoz. Es el primero el que lleva a mucha gente —incluso alguna que se declara abiertamente feminista— a rechazar las innovaciones propuestas. Y es el segundo el que motiva viscerales reacciones públicas entre quienes se resisten a aceptar las bases del feminismo y ven en estos gestos lingüísticos un campo de batalla favorable.

La enunciación de la palabra portavoz ha de ser entendida como parte de un proceso que se desarrolla en distintos lugares y en distintas temporalidades. Es un hecho fácilmente constatable que las alteraciones de un hábito tienen un efecto corporal (que puede ser la mayor segregación de adrenalina, el aumento del ritmo cardíaco, la intensificación de la respiración, el mareo). Y, como señalé arriba, las reglas o normas de la gramática están inscritas en el cuerpo y por ello su alteración nos “suena mal”. En la medida en que las prácticas verbales se acomodan a nuestras expectativas, nuestro cuerpo las recibirá con naturalidad. Y, por lo mismo, en la medida en que incomoden, reaccionaremos ante la sorpresa causada por lo nuevo acaso marcando como antinatural la forma que la generó. Es en esta corporalidad donde está la base de los procesos ideológicos de naturalización de una norma que en realidad es social en su origen; y en la lógica argumentativa de la RAE es el sistema gramatical autónomo el que ocupa el lugar del hecho natural perturbado por la innovación agramatical o contranatura.

Esta incomodidad que nos predispone contra el cambio se sitúa en el primer plano cuando el acto de habla se produce en un contexto donde las prácticas verbales están altamente codificadas e incluso ritualizadas en grado sumo. Más aun cuando se presenta explícitamente como elemento constitutivo de una escena glotopolítica: por ejemplo, portavoz usada en una rueda de prensa por una figura que representa a un partido político y que inscribe su acto de habla en el proceso en curso de reivindicación feminista. Quienes escuchan podrán sentir incomodidad ya no solo por la insatisfacción de una expectativa —o, dicho de otro modo, por el incumplimiento de una regla— sino por la transformación cualitativa de la escena de habla: frente a la aparición de una norma alternativa, ante su vinculación con una política y una ética, se produce la falsa respuesta: “decir portavoz es politizar el lenguaje, pero decir la portavoz es respetar una gramática

ajena a las veleidades políticas de quienes la usan”. Falsa será. Pero fácilmente aceptable para quienes no deseen soportar ya no solo la incomodidad de una palabra nueva sino la incomodidad de tener que decidir: al existir una norma alternativa, el simple acto de hablar deja de ser tan simple pues ahora se sabe que quien habla escoge y al hacerlo se posiciona política y éticamente.

No solo el léxico y la morfología se han visto tocadas por el reciente empuje del feminismo. También la discursividad o estilo conversacional —igualmente normada si bien por medio de mecanismos codificadores menos explícitamente lingüísticos— ha visto surgir alternativas que perturban ciertas “costumbres”. Cuidado con el modo en que un profesor se dirige a una alumna; cuidado con el modo en que un trabajador se dirige a una colega; cuidado con las lisuras que los hombres nos creemos con derecho a dirigir a las mujeres por la calle. Estas, entre otras, son regulaciones del uso del lenguaje que, aunque relevantes para todo el mundo, son particularmente incordiantes para los hombres. ¿Hay razones —más allá del hábito corporal— para la incomodidad? ¿Se podrán cometer excesos y abusos en el ejercicio de esta nueva vigilancia? Pues claro que sí. Pero menos mal que vamos perdiendo el privilegio de la comodidad (ojalá, para empezar, que la reconozcamos como privilegio). Porque, en tanto que hombres, desconocemos la incomodidad de caminar por la calle teniendo que escuchar ordinariéces; desconocemos la incomodidad de que un superior nos prometa el oro laboral si toleramos que sus manos recorran nuestra rodilla (o más); desconocemos la incomodidad de que se nos excluya e interrumpa, de que se nos explique lo que sabemos, de que se apropien de nuestros argumentos si gustan y se los ridiculice si no. Por supuesto que los hombres pudiéramos haber experimentado puntualmente tales incomodidades; pero no las habríamos experimentado en tanto que hombres. Y ahí está la diferencia entre una experiencia incómoda y una experiencia incómoda que es producto de una desigualdad estructural como la que discrimina a las mujeres.

Se nos ha sacado de nuestra zona de comodidad: a hombres y a mujeres. Y está bien que así sea porque está en curso una transformación que aspira a privarnos de nuestros privilegios en tanto que hombres y que invita, a hombres y a mujeres, a considerar su complicidad en la reproducción de la desigualdad. Y un cambio de tal porte no se hace cantando *Blowing in the wind* en alegre círculo fraternal —no solo, desde luego—. No se consigue tampoco con una simple cirugía gramatical y una autoridad normativa que, por un lado, sea capaz de imponer portavoza, todes y compañerxs pero, por otro, ignore el verdadero ámbito de relevancia de estas innovaciones. Hacia el cambio se procede entendiendo el lenguaje como práctica social siempre disputada e inscrita por ello en la vida política. No vaya a resultar que todo el mundo acabe diciendo y escribiendo portavoza, todes y compañerxs y el patriarcado siga (casi) intacto. Habrá que atender a ver qué pasa con estas innovaciones; pero habrá que participar también del devenir de palabras clave como “hombre”, “mujer”, “masculinidad”, “afeminamiento”, “sexo”, “deseo” o “instinto”; habrá que perturbar la construcción discursiva de estereotipos de género y sus efectos: por ejemplo, la canalización profesional diversa de mujeres y hombres; habrá que combatir la brecha salarial; habrá que . . . El cambio social será posible si se remece el lenguaje en su permanente transformación y a la vez, con la misma conciencia política, se alteran prácticas de ejercicio del poder y se subvierten los hábitos de intimidación que instalan la desigualdad en la vida cotidiana.

“Con acento en la e El debate por el uso del lenguaje inclusivo”

Mariana Carabajal

En el discurso público de activistas feministas y de la diversidad sexual florece la “e” como manera de abrir el lenguaje a un universo inclusivo. La novedad también florece en el mundo académico, y el debate crece. ¿Puede la militancia cambiar el idioma?

La irrupción del “todes” en el discurso público de activistas feministas y LGBTTI, sobre todo entre jóvenes y adolescentes, se va colando en ámbitos académicos. Lo que se discute son las fórmulas más apropiadas para avanzar con un lenguaje no sexista, que reemplace el genérico masculino que históricamente invisibilizó a las mujeres y a otras identidades de género. Se discute su pertinencia en pasillos y aulas, desafiando a la Real Academia Española, que no acepta ni la x, ni la @ y mucho menos la “e”. La privada Universidad Diego Portales, de Chile, anunció que incorporará el lenguaje inclusivo en actividades de pre y pos grado, en pruebas escritas, interrogatorios orales, defensa de tesis y documentos oficiales: fue uno de los acuerdos tras la toma feminista en el país trasandino. En Canadá, en febrero y después de dos años de debate, el Parlamento aprobó modificar una frase del himno nacional en su versión en inglés, para hacerlo más inclusivo. La palabra “hijos”, que aparece en la primera estrofa, será remplazada por “nosotros”, un término neutro. En francés no necesita modificaciones, ya que no hace distinciones de género. La discusión se instaló en el país, al bramido de la ola verde. Hasta la Academia Nacional de Letras tuvo que salir a pronunciarse. ¿Cuál es su punto de vista? ¿Qué opinan otras voces del mundo académico, de la lingüística, del feminismo y el activismo trans?

Desde los feminismos, a partir de las décadas del ‘60 y ‘70 se empezaron a denunciar los sesgos machistas de la lengua española. Una argentina, Delia Suardíaz, fue pionera en la tarea. Y puso la lupa sobre los usos del lenguaje que invisibilizaban a las mujeres, las degradaba con definiciones sexistas, con sentidos peyorativos. Más recientemente, se dio una batalla lingüística para que la RAE admitiera el término “presidenta”, aunque todavía hay quienes se resisten a adoptarlo. Aun en España ciertas profesiones se nombran en masculino: se dice “la juez”. Aquí mismo llama la atención que exista la Asociación de Mujeres Jueces de Argentina. En 2008, en España se levantó polémica cuando la entonces ministra socialista de Igualdad, Bibiana Aído, osó decir la palabra miembros. El mismo torbellino causó la portavoz de Podemos en el Parlamento, Irene Montero, al nombrarse como “portavoza”. Y este año la RAE aceptó la denominación de “Consejo de Ministros y Ministras”, a partir de la flamante composición mayoritariamente femenina de ese órgano del nuevo gobierno español. Hasta ese momento era siempre, Consejo de Ministros, aunque incluyera alguna mujer. El lenguaje está en movimiento. Y ahora se sacude al ritmo feminista.

“Lo que no se nombra no existe”, dice la activista trans Aradia García. El lenguaje, no hay dudas, contribuye a profundizar situaciones de desigualdad, a solidificar jerarquías arbitrarias, apunta la doctora en Lingüística Silvia Ramírez Gelbes. El “todas y todos” y otras fórmulas como la x y la @ llegaron para empezar a saldar el uso sexista del lenguaje. Son búsquedas. La discusión se amplió con “todes”.

El primer paso, dice la filósofa feminista Diana Maffía, es reconocer que hay un problema, al considerar el genérico masculino como universal. Pero no es el único: ¿cómo resolver el problema de la inclusión y el binarismo? ¿Qué soluciones son las mejores? Una rescritura, sin dudas. Hay opciones que son más complicadas porque la X y la @ no son identificadas en teclados para no videntes, por ejemplo. Aparecen entonces, otras alternativas, como la “e” y la “i”, que son “paraguas más amplios”.

—¿Qué opina del uso del todes? —le preguntó Página/12 a Ramírez Gelbes, docente universitaria y directora de la Maestría en Periodismo de la Universidad San Andrés.

–Se está proponiendo un cambio monumental como nunca existió en la lengua española. Se puede decir todes, pero ¿se pueden reemplazar todas las formas en plural que aludan a seres sexuados de distintos géneros? ¿Estamos seguros de que quienes queremos emplear el lenguaje inclusivo somos capaces de evitar siempre el masculino genérico? Yo creo que no. Creo que sí, que hay situaciones que podemos llegar a evitar una forma sexista. Por ejemplo, en lugar de decir “los que”, podemos decir, “quienes” o “cualquiera”. En vez de “los estudiantes”, podemos decir, “el estudiantado”. Pero ciertamente, y esto lo he notado en quienes intentan de manera intencional emplear el lenguaje inclusivo es muy difícil usarlo siempre. En todo caso, si el cambio se da, va a tardar décadas hasta que se asiente.

Aradia García es estudiante de la carrera de Comunicación Social de la UNLP y activista de Otrans de La Plata. Ella dice:

–El uso del todes y todis, porque en algunos países se usa la i, viene a dar cuenta, en relación a la diversidad sexual, de un proceso de entendimiento de las identidades emergentes. Por lo menos, del colectivo trans, están emergiendo personas que rompen el binomio hombre/mujer. ¿Cómo nombras a alguien de género de fluido, a alguien bigénero? Para eso está el todes.

Desde el Twitter de la Real Academia Española dieron su visión del tema, ante una consulta: “El uso de la @ o de las letras ‘e’ y ‘x’ como supuestas marcas de género inclusivo es ajeno a la morfología del español, además de innecesario, pues el masculino gramatical cumple esa función como término no marcado de oposición de género”. Ninguna sorpresa, viniendo de una institución tan arcaica, y de tradición misógina, donde actualmente hay solo 8 mujeres contra 36 varones.

–La RAE no está a la altura del movimiento feminista ni de las luchas sociales –replica García–. Aceptan términos tan ridículos como mahonesa, por mayonesa, y cuando hablamos de una cuestión de género, identitaria, hacen oídos sordos a nuestros reclamos. Cuando hablamos, cuando comunicamos, estamos construyendo un sentido.

La ensayista Ivonne Bordelois, autora, entre otros, de los libros La palabra amenazada y Preguntas al lenguaje, se define como feminista. Pero piensa que para que haya un cambio verdadero del lenguaje, el uso de la “e” debería ser espontáneo. No la convence la propuesta.

Mientras adolescentes lo van incorporando con naturalidad, el debate se instaló en aulas universitarias, confirma Ramírez, profesora en la UBA y San Andrés. También en la Facultad de Lenguas, de la UNC, donde es profesora Ivana Alochis. “Desde la cátedra de Lengua Castellana I y de Lexicología y Lexicografía, todo el tiempo incentivo la temática de género y hablo con mis alumnos de que esto permita que la lengua sea una herramienta de emancipación y no de sometimiento. Ya no hay vuelta atrás. Mi propuesta es que siga habiendo todo tipo de léxico y cambios incómodos de modo que haya menos discriminación, menos invisibilización y mucha más emancipación”, apunta Alochis, licenciada en Lengua y Literatura y doctora en Género.

García cuenta que en el curso de ingreso de la Facultad de Periodismo tuvo una fuerte discusión con una docente, porque le decía que no podía usar la “e” en un trabajo formal. A lo que ella le contestó:

–El lenguaje es sumamente político, somos sujetos políticos, lo tenemos que poner en tensión, romper los estándares protocolares arraigados en una sociedad patriarcal.

Ramírez no está tan segura de aceptarlo en un paper académico, pero celebra la discusión, igual que Alochis.

Para Dora Barrancos, historiadora feminista e integrante del directorio del Conicet, “tiene que haber una “demolición” de las antiguas fórmulas del lenguaje en todas las instituciones. “Habrá un momento en la historia de la Humanidad en que ya no serán necesarios el lenguaje femenino ni el masculino –imagina–, porque sobrevivirá a todas estas experiencias jerarquizadas diferenciales horribles, una suerte de androginia cultural”.

“El lenguaje es política”

Isabel Muntané

Ridiculizar el lenguaje no sexista es una forma grotesca de defender una posición de poder.

Hablar de lenguaje no sexista levanta ampollas que nada tienen que ver con las palabras, la gramática o la lingüística y mucho con el poder y la política. El lenguaje es ideología, representa una sociedad y una cultura y, por supuesto, representa un poder. Renunciar al lenguaje sexista es renunciar a continuar ejerciendo el poder. Y ahí es donde encontramos la resistencia numantina de quien custodia el sistema patriarcal. No defiende el lenguaje. Está defendiendo una ideología y estamos hablando de política por mucho que nos quieran hacer ver otra cosa. Hablemos claro, el corporativismo masculino está defendiendo la mirada androcéntrica, patriarcal y machista que los sitúa, a ellos —porque mayoritariamente son hombres— en el centro del poder.

La lengua, y con ella el lenguaje, evoluciona de acuerdo a las necesidades de cada época. Tiene la capacidad de reflejar la realidad y también de ayudar a construirla. Por ello mismo, necesita adaptarse a los cambios y si no lo hiciera seríamos incapaces de comunicarnos. Aún estaríamos hablando de abarrir en vez de destruir; de dolioso en vez de dolorido o de hisopo en vez de húmedo, o de darve, ceterior, gumía o zacatín, por poner unos ejemplos. ¿Quién nos entendería? Nadie, o quizás sólo las personas que ocupan los sillones de la Real Academia Española. Parece que hay paladines de la lengua que no quieren admitir la capacidad de renovación, evolución y adaptación que lleva implícita cualquier lengua. Peor aún, defienden la inmovilidad como un valor en positivo en vez de una debilidad manifiesta y contraria a la esencia de toda lengua.

Ya somos muchas las que no nos sentimos incluidas en el masculino gramatical. Y en esta defensa nos encontramos periódicamente con campañas agresivas y absurdas que usan falacias y ataques furibundos para ridiculizar los argumentos de quienes defendemos el lenguaje no sexista. Nos dicen que el genérico masculino, en tanto que género no marcado, es inclusivo del femenino. Pues les decimos que no, que no lo incluye ni lo pretende. El masculino a veces es específico y a veces genérico. Requiere de un esfuerzo para entender cuando incluye a unos y otras o solo a unos, e incluso sólo a unas. Ya somos muchas las mujeres — y algunos hombres— que no nos sentimos incluidas —así, con a— en este masculino gramatical. Entendemos que este masculino es, sencillamente, un instrumento para invisibilizar, silenciar y menospreciar a las mujeres y así perpetuar un patriarcado que no nos quiere con voz, ni en el espacio público, ni en la toma de decisiones. Esta es la verdadera intención que subyace en el mal llamado masculino genérico.

Y si vamos de las falacias argumentativas a los ejemplos concretos, la situación llega al ridículo cuando se satirizan las formas dobles. Volvemos a repetirlo, no estamos a favor del uso indiscriminado de las formas dobles; ni tampoco queremos hablar de cebros y cebras; de jirafas y jirafos o de señor y periodista, ni estamos en contra de la economía del lenguaje, a la que defendemos con ahínco desde el periodismo. Pero sabemos que el lenguaje tiene múltiples recursos para expresar la realidad sin necesidad de señalar el sexo o de recurrir a las formas dobles, que dicho de pasada, se hacen servir con más frecuencia de lo que parece y nadie se sorprende cuando se dice “señoras y señores”. Podemos utilizar genéricos, nombres abstractos y epicenos; substituir el nombre por un pronombre; utilizar determinantes sin marca de género; elidir el sujeto; eliminar el artículo... y así hasta una infinidad de mecanismos que determinados lingüistas y académicos — con o— parecen ignorar.

Esto, señores, es lo que hacemos, y ridiculizar la propuesta feminista de lenguaje no sexista es una forma perversa y grotesca de defender una posición que, se diría, no tiene argumentos. Ustedes lo saben bien. No estamos hablando de lenguaje, hablamos de ideología y de política. Porque a través de la lengua nos construimos, nos socializamos e interpretamos el mundo. Si las mujeres no aparecemos ¿dónde estamos?

Ocultas, silenciadas, en casa. Como nos quiere el patriarcado. Así que, señores, no es que confundamos la gramática con el machismo, es que el uso académico de la lengua, que no ella, es machista, y en consecuencia el lenguaje, entendido como la capacidad humana que conforma el pensamiento, perpetúa este machismo. Y, sí, el lenguaje no sexista es un arma ideológica y política capaz de reflejar otra realidad y contribuir a la destrucción del poder patriarcal. Y claro, esto duele. Lo sabemos.

“Hablar por la diferencia. El debate por el lenguaje inclusivo”

CUL
TU
RA @

PERFIL
Domingo
8 de julio
de 2018

La mirada interior

Inaugurada recientemente en el Malba, la notable exposición *Cindy Sherman-Richard Prince. Colección Astrup Fearnley* puede visitarse hasta el 29 de octubre. Imperdible.



EL DEBATE POR EL LENGUAJE INCLUSIVO



HABLAR POR LA DIFERENCIA

En sintonía con las batallas que se libran en la arena pública como la legalización del aborto, se ha empezado a bregar en nuestro país por un lenguaje que esquite la impronta masculina. ¿Qué ocurre en otros lugares? ¿Qué se discute cuando de literatura se trata?

El debate por el lenguaje inclusivo

No todes contentas

DE LA MANO DE LAS MANIFESTACIONES FEMINISTAS A FAVOR DEL ABORTO TOMO FUERZA LA DEMANDA POR LENGUAJE INCLUSIVO, QUE CONSISTE EN QUE CUANDO SE HABLE DE UN CONJUNTO DE PERSONAS NO SE ALUDA SIEMPRE A LO MASCULINO. ¿QUE OCURRE EN OTROS PAISES? ¿ESTA EN PELIGRO NUESTRO IDIOMA DE DESVIRTUARSE CON TERMINACIONES COMO "NOSOTRES", O ES PARTE DE UN CAMBIO NECESARIO? CONTESTAN ESCRITORES, ACADEMICAS Y EDITORAS DE ARGENTINA, URUGUAY, ESPAÑA Y CHILE.

Q

Que el lenguaje es un objeto de disputa y que el uso que hagamos de él esté signado por normas que a veces compartimos y otras veces no, es algo que no es novedad. Los españoles impusieron en América Latina un idioma a través de la violencia, y cada vez que usamos esta lengua recordamos esa violencia. En la segunda mitad del siglo XIX, España intentó una segunda conquista a través de la

del siglo XIX España intentó una segunda conquista a través de la invitación que hizo a intelectuales sudamericanos a participar de la Real Academia de la Lengua (RAE). Juan María Gutiérrez, el primer crítico literario argentino y en esa época rector de la Universidad de Buenos Aires, rechazó esa invitación, y sus razones las hizo públicas en *Cartas de un porteño: polémicas en torno al idioma y a la Real Academia Española*; allí explicaba que si bien entre los objetivos de la RAE estaba "fijar la pureza y elegancia de la lengua castellana", en esta parte de América "cultivamos la lengua heredada, y de ella nos valemos para comunicarnos nuestras ideas y sentimientos, pero no podemos aspirar a fijar su pureza y elegancia, por razones que nacen del estado social que nos ha deparado la emancipación política..."

Siempre que se intenta modificar la lengua y sus usos, la RAE aparece como un obstáculo. Hace 20 años el Premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez propuso "jubilar la ortografía", pero fue ridiculizado. Y hace poco, cuando se le consultó a la RAE por el lenguaje inclusivo, un directivo respondió que "el lenguaje es un ecosistema y si lo alteramos repercute en todo el equilibrio general".

Aclaremos: el lenguaje inclusivo consiste en hacer un cambio gramatical de género y cantidad para aludir a un conjunto de personas. Por ejemplo, según la normativa vigente, el plural masculino "nosotros" es correcto y no deja fuera a nadie; pero para movimientos feministas, académicos preocupados por la evolución de la lengua y escritores, esto no es así. De hecho después de una toma feminista en una universidad privada en Chile, dentro de los peticitorios de los estudiantes para levantar la toma estuvo el uso de este lenguaje en trabajos de pregrado. La noticia de que la exigencia había sido aceptada recorrió los portales trasandinos, pero luego el rectorado salió a desmentirla. En este punto cabe la pena preguntarse si es disparatado hablar de "nosotres" y "todes".

Cecilia Palmeiro, escritora, integrante del Colectivo Ni Una Menos y académica, explica que la demanda por este lenguaje viene de hace décadas, impulsada principalmente por el activismo Lgbtq (lesbianas, gays, bisexuales, transgéneros y queers): "Se usó en un primer momento el @, luego la x y ahora se usa la e, que resulta más conveniente porque se puede usar más cómodamente en el lenguaje oral, a diferencia de las otras opciones". Para Palmeiro esta forma es antiidentitaria y contrasta con el desdoblamiento que se hizo, por ejemplo, del femenino y el masculino ("argentinas y argentinos") durante el gobierno anterior, pero más allá de eso "resulta importante que la lengua exprese las transformaciones sociales y las potencias a la vez". La demanda actual se ha visibilizado gracias a "la articulación del movimiento estudiantil con el feminismo que se masificó"; si eso no hubiera sucedido, según esta escritora, no tendría la repercusión ni la atención que los medios le dispensan al tema.

Una opinión similar, pero con matices tiene Karina Galperin -académica de la Universidad Torcuato Di Tella-, quien aclara de entrada que no le gusta llamar a este cambio gramatical como "lenguaje inclusivo", "porque mete los cambios en la lengua en el marco de ciertas luchas políticas". Para ella, es la lengua la que se ha ido ajustando a los cambios de la sociedad. Es innegable que "si no fuera por el aumento de la presencia de las mujeres en la vida pública, estos cambios no estarían prosperando, y de ahí que entiendo que le resulte incómodo a un sector de la sociedad".

En este gran cambio gramatical, según advierte Galperin, han confluído varios grupos

► Viene de pág. 7

con intereses distintos: feministas, escaparle al binarismo sexual y personas como ella que buscan más precisión en el lenguaje, y es que en un aula llamar todos, cuando más de la mitad son mujeres, es impreciso. El problema entonces no es que el lenguaje sea sexista, sino que "el lenguaje tomó forma en una sociedad donde los varones figuraban en un lugar mayoritariamente central", es decir el lenguaje nombraba a esa realidad sexista, cosa que ha cambiado. ¿Pero hay chances de que este cambio se asiente definitivamente? Según ella, la única chance que tiene es que se convierta en un uso, "pero me temo que nos estamos apresurando, porque este lenguaje lo habla poca gente, y en circuito reducido; hay que esperar que se vaya extendiendo a la prensa, a la academia y finalmente se verá si es incorporado o no por la Real Academia Española".

Marina Yuszczuk, escritora y una de las editoras del sello Rosa Icerberg (que publica solo mujeres), dice que desde hace seis años en el suplemento Las/12 de Página/12 usa la terminación x para indicar el plural en las notas, básicamente por indicación de sus editoras. En cuanto a los escritores y lingüistas que se oponen al uso del lenguaje inclusivo señala que Sarmiento hace casi un siglo y medio propuso un cambio radical en el lenguaje y escribió "sus libros según esa nueva grafía (cambiando j por g o i por y). Me acuerdo de la sensación salvaje al leer sus Viajes, la misma sensación de basurita en el ojo que tenemos ahora frente a la e o la x. Esa molestia es comprensible, pero no justifica la reacción conservadora: es la misma

molestia frente a cualquier cambio, y éste es un momento particularmente dinámico de la lengua". Para esta escritora, es fundamental abolir la noción de que lo masculino es neutro, "inscrita en el uso de la o, y que tiene su correlato literario en la idea de que las experiencias de los varones son universales mientras que las del resto (mujeres, homosexuales, transvestis, trans) son particulares y menos valiosas".

Una posición un poco más distante tiene Leonora Djament, directora editorial de Eterna Cadencia, para quien "la lengua refracta, condensa, revela, intensifica y también anticipa los intereses y conflictos sociales", por eso le parece que deben ser pensadas "todas estas expresividades que llamamos lenguaje inclusivo, pero que son mucho más: se trata de creación, ocurrencia, acto. Y, más que 'incluir', tiende a desarmar límites, fronteras, géneros (tal vez con la esperanza de que ya no haya adentro y afuera)". En cuanto a si publicaría un texto escrito en este lenguaje, cree que no se puede contestar hipotéticamente: "No creo que exista la corrección política o literaria dentro de la ficción. Cada texto, cada universo literario, propone o crea una lengua única, propia. La literatura no tiene que someterse o subordinarse a ninguna exigencia exterior sino que dice en su libertad y dice siendo libre".

¿Pero qué sucede en otros países? Hace un tiempo en España se publicó la Guía para la utilización de un lenguaje no sexista. La idea era generar un documento inclusivo en el ámbito laboral, y surgió primero como un proyecto de investigación en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Participaron Patricia García, Liisa Hanninen y Malena Mangas. Precisamente ésta última desde España dice que le gustó la oportunidad de poder aportar buenas ideas, "de ofrecer soluciones (a veces

sin necesidad de torcular el lenguaje) y de defender la idea de que el sexismo puede aparecerse incluso más allá de la manera de expresarse por escrito". Se trató, entre otras cosas, que a la hora de que cuando una empresa ofreciera ofertas de trabajo privilegiara el desdoblamiento de género ("ingenieros e ingenieras") para no excluir a las eventuales postulantes mujeres.

Esta guía fue oportuna en su tiempo, pero ahora es la hora de avanzar, porque, como afirma Mangas, el castellano correcto no es inclusivo en sí: "En español, los colectivos plurales son masculinos. Pero lo cierto es que, efectivamente, tenemos un idioma capaz de sortear ciertas expresiones que dividen a quienes, por una parte, se niegan a seguir empleándolas por considerar que desdibujan a la mujer y, por otra, a quienes defienden el uso correcto del lenguaje". En lo concerniente al uso de la e, como española le parece "realmente chocante, pero también sé que ciertos términos que hemos normalizado a este lado del Atlántico suenan abominables allá. Nuestras 'juezas', 'presidentas' y 'ministras' también han recibido de ustedes bastantes críticas y muchas burlas".

Para ella, el lenguaje es para entenderse y si la terminación e cumple esa función, es el camino correcto.

Desde Uruguay y ante el interrogante de si escribiría un texto con lenguaje inclusivo, la escritora Natalia Mardero responde afirmativamente, porque

Lenguaje y realidad



RAFAEL GUMUCIO. Escritor chileno, autor de *Milagro en Haití*.

Lenguaje inclusivo y feminismo

La lengua es, sobre todo, mo-



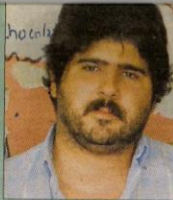
lengua. Negarlo implicaría negar

persión y proliferación. Acaso hablar de "la" lengua, en singular, sea un error. No hay, en sentido estricto, solo una lengua. La multiplicación de lenguas es algo intrínseco al lenguaje como tal. Para referirse a esto, Ludwig Wittgenstein creó la noción de juegos de lenguaje. Tal concepto pretende poner de relieve que el lenguaje está entrelazado esencialmente con prácticas, lo que él denomina formas de vida. Podemos decir, junto con el filósofo austriaco, que hay tantos juegos de lenguaje como formas de vida.

Cualquier pretensión de reducir la lengua a una normatividad única es, cuanto menos, una pasión inútil. O estaríamos frente a una lengua muerta, que es el equívoco que comete el modelo lingüístico saussureano para pensar el lenguaje. Lo mismo sucede con las instituciones que toman todo uso renovador como uno "incorrecto": las academias de la lengua son por naturaleza profundamente conservadoras. La actual ebullición del llamado lenguaje inclusivo da cuenta de este inagotable proceso que es el devenir de la

lengua. Negarlo implicaría negar una forma de vida, negarlo sería un acto fascista. El riesgo, del otro lado, es el de absolutizar ese otro lenguaje, volverlo normativo. Lo revulsivo que un lenguaje puede resultar para las formas establecidas de la lengua, como lo es el inclusivo, se puede convertir en con-

servador cuando pretende volvérselo lenguaje totalizante. Si uno piensa, por ejemplo, en el lunfardo, se dará cuenta de que su vitalidad siempre ha pasado, justamente, por su estar en las orillas, por ser lo otro de lo instituido, por ser maldito. Cabe preguntarse qué futuro tendrá el lenguaje inclusivo en nuestro contexto más inmediato. Difícil es profetizar al respecto, pero lo que sin dudas podemos decir es que su suerte estará atada a la forma de vida con la que está entrelazada, y en la actualidad ella tiene un nombre: feminismo. El destino del lenguaje inclusivo está, entonces, ligado al del feminismo. Pero no solo a propósito de la relación de fuerzas que tal movimiento despliega en la sociedad, sino fundamentalmente del modo en que continúa elaborando sus conceptos y prácticas de normatividad, de sexualidad y de poder. ■



ALEJANDRO BOVERIO. Filósofo y ensayista argentino.



OPINIONES. A la izquierda, Cecilia Palmeiro; en el centro Leonora Djament; a la derecha Natalia Mardero. Abajo, Natalia Mira, la alumna del Colegio Carlos Pellegrini que le pidió a los "diputados" por la desnaturalización



ALUMNOS TOMARON EL PELLEGRINI EN APOYO A LA

Incluir es sinónimo de convocar, aunar, llamar a todos en un lugar en que todos se sienten cómodos. Quedan pocas dudas de que el lenguaje inclusivo no es nada de eso. Es un lenguaje que incomoda, incluso a quienes intentan usarlo, porque lo hacen justamente para hablar en otro idioma que el dominante. Es, para bien y para mal, un lenguaje exclusivo, exclusivo de una comunidad de hablante que se reconocen en él en contraste con otros hablantes. En sí esto no tiene nada de malo, la mayor parte de los aportes sintácticos y de vocabulario han nacido de lenguajes exclusivos e incluso excluyentes: el lunfardo para no ir más lejos. Estos códigos de tribu nunca han pretendido, sin embargo, sustituir el habla

común, porque su poder nacía de no ser común, de ser propio. Nacían en la calle, la cárcel, el pasaje, el patio, o ese otro patio y cárcel que es hoy por hoy internet. El lenguaje inclusivo nace en cambio de la academia americana. Una academia que ha inventado una calle y una cárcel y un patio artificial, que nunca logra del todo calzar con la calle, la cárcel y el patio real, en parte porque niega la idea de que algo llamado realidad exista, o que esa realidad importe fuera del lenguaje. Es quizás lo único que me preocupa del lenguaje inclusivo, la idea que subyace en sus autores de que "el lenguaje crea realidad", una versión new age del concepto de Martin Heidegger de que "el lenguaje es la casa del ser". Una idea

que poco o nada puede convivir con el marxismo o el liberalismo en que el feminismo y el movimiento de liberación homosexual funda sus bases. Para este voluntarismo lingüístico es poder. Un poder dividido en amigos y enemigos, exactamente al modo en que lo dejó pensado el jurista alemán Carl Schmitt. El feminismo posmoderno, como el izquierdismo y el derechismo posmoderno, tienen del lenguaje y el poder, y del poder del lenguaje, una visión que lo enraiza directamente con dos únicos pensadores legibles del Tercer Reich. Los destinos personales e intelectuales de Heidegger y Schmitt enseñan que, nos guste o no (a mí me gusta), la mayor parte del tiempo es la realidad la que crea lenguajes y pocas veces al revés. ■

"el lenguaje es dinámico y cambia constantemente. Quizás no lo notamos a simple vista porque sucede lentamente y se va metiendo de a poco entre nuestros lazos comunicacionales". A su modo de ver, el problema con el lenguaje inclusivo es que "hay personas que lo sienten como imposición. Y claro, algo de eso tiene, de reclamo, de trinchera política, de denuncia. Al final el problema no es del lenguaje, sino lo que deja en evidencia -la invisibilización de las mujeres en tantos ámbitos". Y esto no se soluciona cambiando una letra por otra, aunque por algún lado hay que empezar: "A los fundamentalistas, a los puristas de las palabras y amantes de la RAE

lo que más le molesta en el fondo no es tanto lo que propone el lenguaje inclusivo, sino de dónde proviene y su intención". Cecilia Palmeiro complementa señalando que estas transformaciones no deberían "policar la lengua al estilo RAE. Se trata de liberar, y no de imponer reglas". Y quizás aquí reside el quid del asunto: no se trata de crear otra RAE, se trata de no reproducir las mismas lógicas que han marginado o excluido a partes de la población, y de crear así, no solo un lenguaje más preciso, sino uno en donde quepamos todos, incluso los que no están de acuerdo del todo con el uso de este lenguaje. ■

En otros idiomas

Malena Mangas, una de las autoras de la Guía para la utilización de un lenguaje no sexista, señala que este mismo debate está ocurriendo con otros idiomas:



MANGAS. Una de las autoras de un libro fundante.

"En alemán, las ofertas de trabajo aparecen desde hace años dobladas (Redakteur/In), y en inglés están revisando incluso palabras básicas como pueden ser las profesiones que acaban en -man (chairman= presidente, se tiende a introducir chairperson). Cada uno tiene sus obstáculos y sus particularidades". En Francia ocurre algo similar a lo que sucede en los países de habla hispana, pero con un sesgo mayor, ya que a fines del año pasado el primer ministro, Edou-

ard Philippe, ordenó prohibir en los textos oficiales el lenguaje inclusivo: "Más allá del respeto del formalismo propio de las actas de naturaleza jurídica, las administraciones dependientes del Estado deben adecuarse a las reglas gramaticales y sintácticas, principalmente por razones de inteligibilidad y de claridad". Y la Academia Francesa de la Lengua fue aún más lejos, alertando que "ante esta aberración 'inclusiva', la lengua francesa se encuentra ahora en peligro mortal". Sin duda el debate es transversal a todos los idiomas, lo que revela que efectivamente ha ocurrido un cambio social, del que el lenguaje debe dar cuenta de alguna manera. ■

EDICIÓN LIMITADA
Cuatro tomos coleccionables

Una vida en imágenes

Vida y obra de los líderes políticos más emblemáticos del siglo XX

CADA 15 DÍAS EN TODOS LOS KIOSCOS

Registro fotográfico histórico

A SOLO \$ 250*

OPCIONAL CON TU DIARIO **PERFIL**

* Precio correspondiente a cada volumen